

mo en la novela europea y norteamericana, revalorización de la expresión directa y hasta antipoética, etc.— parecen desear liberar a la prosa del lastre poético que venía soportando, en temas y lenguaje.

A este respecto resulta significativo comprobar cómo, por ejemplo, Cela ha abandonado el camino lírico—todo lo hace que se quiera, pero lírico en última instancia—de *Pabellón de reposo* y de las casi azorinianas narraciones de *Nievas que pasan...*, para lanzarse a una nueva expresión narrativa, de poesía más escondida, más rastreable en la entraña del relato que en su epidermis: *La Colmena*.

3. Ortega, *Ideas sobre la novela*, en *Obras completas*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1947, tomo IV, pág. 407.
4. Vid. lo que de Miró y Proust digo en mi ensayo *Tiempo y «tempo» en la novela*, «Arbore», núms. 33-34, setiembre-octubre, 1948, págs. 85 y ss.
5. Entiéndase bien que, con lo que acabo de decir, no trato de negar la capacidad de Proust para crear seres novelescos dotados de intensa y muy definida personalidad y aun objetivados en cierto modo. Bastaría con recordar figuras tan nítidas como las de Charlus, la duquesa de Guermantes, Saint-Loup, Odette, etc. Lo que sólo pretendo insinuar es que, aun admitiendo esa cierta objetivación y esa riqueza caracterizadora que hace de los personajes proustianos complejas y muy intensas personalidades, éstas se nos ofrecen con una evidente lateralidad, vistas siempre desde el Narrador, por más que éste aparente adoptar diversos y objetivos puntos de vista. Cualquiera de los mundos evocados por Proust—el de Combray, el de Balbec, el de los Guermantes—es más el personalísimo mundo del Narrador, que el propiamente exterior. Todo está, en tales mundos, proustianizado, es decir, incorporado al Narrador, vivido desde él y solamente a su través perceptible.
6. Sobre las correspondencias y las sinestesias como rasgos muy característicos de la literatura modernista, vid. A. Zamora Vicente, *Las «Sensatas» de Ramón de Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista*, Buenos Aires, 1951, sobre todo págs. 23 y ss. y el cap. *Las sensaciones*, págs. 199 y ss.

